

# Las armas y las letras

## Andrés Trapiello

LITERATURA Y GUERRA CIVIL  
(1936 - 1939)

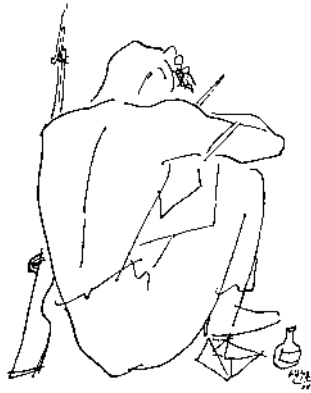


DESTINO

Andrés Trapiello

# Las armas y las letras

LITERATURA Y GUERRA CIVIL  
(1936 - 1939)



© Andrés Trapiello, 1994, 2002, 2010, 2019

© Editorial Planeta, S.A., (2010, 2019)

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

[ Primera edición: marzo de 1994 ]

Primera edición en Destino revisada y ampliada: abril de 2019

Diseño y maquetación: Alfonso Meléndez y Andrés Trapiello

Imagen de cubierta: *Las armas y las letras*, Carlos García-Alix, © 2010, 2019

Viñetas: Ramón Gaya (portada) y Eduardo Vicente

ISBN: 978-84-233-5553-2

DEPÓSITO LEGAL: B-6.594-2019

Impreso por Liberduplex

Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es 100% libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 917 021 970 / 932 720 447.

PRÓLOGO DE LOS VEINTICINCO AÑOS (1994-2019)	13
PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN (1994)	16
PRÓLOGO DE 2002	21
PRÓLOGO DE 2010	24
AGRADECIMIENTOS	27

**CAPÍTULO PRIMERO** un poco largo, en el que se encontrarán unas cuantas ideas generales sobre los viejos escritores de la generación del 98, la avilantez de los jóvenes, *La Gaceta Literaria* y la relatividad de casi todo, ideas expresadas unas veces con sencillez, y otras no tanto. **29**

**CAPÍTULO SEGUNDO** que trata de la maravillosa ciudad del Tormes, el Cuartel General de Salamanca y los primeros días de la guerra, con Miguel de Unamuno en primer plano y el general Millán Astray, Giménez Caballero y el conde de Foxá detrás, así como otras historias de fusilados, ostras y lentejas. **51**

**CAPÍTULO TERCERO** o de los primeros días de la guerra en Madrid, con otros sucesos en los que intervinieron JRJ., José Bergamín y Rafael Alberti. **83**

**CAPÍTULO CUARTO** que relata los sucesos ocurridos en Madrid al bohemio Pedro Luis de Gálvez y a un calavera aristócrata, y los casos contrarios de Ramiro de Maeztu y Federico García Lorca, así como muchas otras vidas peregrinas y tristes. **147**

**CAPÍTULO QUINTO** o de la ciudad de París, en la que se reúnen muchos escritores exiliados, unos viejos ya, otros desengañados y otros conspiradores, casi todos muy principales en las letras de España. **185**

**CAPÍTULO SEXTO** con noticias relacionadas con *Hora de España* y con los que colaboraron en ella, tanto en Valencia como en Barcelona. **229**

**CAPÍTULO SÉPTIMO** o de Pamplona, la pequeña Atenas, ciudad donde vinieron a parar o se juntaron escritores, carlistas y falangistas que empezaron a imprimir sus libros, revistas y periódicos, así como también de Sevilla, escenario para Queipo, Guillén y el gran visir de Marruecos. **269**

**CAPÍTULO OCTAVO** también de escritores falangistas y otros que no lo fueron, cuando llegaron a la ciudad de Burgos; del capitán de todos ellos, Dionisio Ridruejo, al viejo Manuel Machado. **301**

**CAPÍTULO NOVENO** continuación del anterior, con todos aquellos escritores catalanes que hicieron la guerra por la facción de Salamanca y Burgos, con parada en Pamplona, la pequeña Atenas. **349**

**CAPÍTULO DÉCIMO** dedicado al II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, que celebró sus sesiones en julio del año 1937, y a otros escritores y corresponsales extranjeros. **375**

**CAPÍTULO UNDÉCIMO** para recordar a aquellos escritores que no encontraron un lugar más apropiado en otros capítulos precedentes. **423**

**CAPÍTULO DUODÉCIMO** y último, que tiene por escenario la ciudad de Barcelona, y como protagonistas a algunos escritores que pasaron la guerra allí o unos meses de ella, hasta llegar al final de todo. **443**

**FINAL** **505**

• • •

LAS PERSONAS DEL DRAMA **519**

CRONOLOGÍA GENERAL  
DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA  
(17-VII-1936 a 1-IV-1939) **625**

ÍNDICE ONOMÁSTICO **645**

CRÉDITOS DE LAS IMÁGENES **663**

## CAPÍTULO PRIMERO

... UN POCO LARGO, EN EL QUE SE ENCONTRARÁN UNAS CUANTAS IDEAS GENERALES SOBRE LOS VIEJOS ESCRITORES DE LA GENERACIÓN DEL 98, LA AVILANTEZ DE LOS JÓVENES, 'LA GACETA LITERARIA' Y LA RELATIVIDAD DE CASI TODO, IDEAS EXPRESADAS UNAS VECES CON SENCILLEZ, Y OTRAS NO TANTO.

Hechos que los sabios presienten, que los expertos vaticinan sin poder decir en qué se fundan, y que llegan a ser efectivos sin que se sepa cómo, pues aunque se les sienta venir, no se ve el disimulado mecanismo que los trae.

*Fortunata y Jacinta*, (III, v, 2)

Lo súbito requiere, tanto en lo bueno como en lo malo, de un largo tiempo de gestación.

Martin Heidegger a Hannah Arendt, 1953

LOS antecedentes de la Guerra Civil se buscan en la República, en los últimos años de la Monarquía y en la Dictadura de Primo de Rivera, pero los males que la guerra pretendía erradicar se encuentran en España desde mucho antes, quizá desde el 98: el problema del agro español, que condenaba al hambre a miles de familias; un ejército sin imperio, cuya numerosa y excesiva oficialidad jamás ocultó su afición a los pronunciamientos decimonónicos; una organización centralista del Estado insensible a las aspiraciones de gallegos, vascos y catalanes...

«Pocas veces se habrá producido en la historia un hecho más claro, más transparente [que el advenimiento de la República]. [...] La República surgió con la sencillez, plenitud e indeliberación con que se reproducen los fenómenos biológicos, con que en mayo brotan las hojas...», escribirá en *El Sol* en 1933 un Ortega y Gasset ya desengañado.

**1.** Madrid, 1 de mayo de 1936. La derecha asistió empavorecida a esta manifestación. Se la describe en múltiples novelas y crónicas del bando franquista, siempre con los trazos más tenebrosos, recordando a me-

nudo, para justificar la sublevación de julio, las palabras que Largo Caballero pronunció en enero de ese mismo año en Alicante: «Si ganan las derechas tendremos que ir a la guerra civil».



**2-3.** Cuando en 1922 se publicó este libro, su autor era comandante, y teniente coronel su prologuista, Millán Astray. En 1936, Franco era ya general y Millán Astray, su subordinado. Inseparables. De Franco dirá por entonces el exaltador Giménez Caballero: «Si lo veis, no le deis nunca el sable de los antiguos generales decimonónicos. No tiene sable. Solo se le ve en el bolsillo de la guerrera una pequeña varita negra y plateada.



He aquí su bastón de mando, su vara mágica. Su porra, su falo incomparable». En la cubierta de la primera edición, el escudo diseñado por el propio Franco para el tercio que mandaba él en la Legión, dos jabalíes que se engolan una estaca, admite pocas interpretaciones freudianas como las que le gustaban a Giménez Caballero, pero muy claras, al igual que la célebre fotografía de Bartolomé Ros.

En un primer momento se pensó que la República, recibida con entusiasmo por la mayor parte de la sociedad española, iba a sajar, drenar y limpiar todos estos viejos abscesos, pero las reformas resultaron tímidas, y solo cuando la presión de los sindicatos obreros anarquistas y socialistas y muchas de sus justas aspiraciones se dejaron sentir, el sindicato de intereses representado por los financieros catalanes, los industriales vascos, los terratenientes andaluces y extremeños y una parte principal del Ejército pasó a la ofensiva. Primero con Sanjurjo, luego, a través de la CEDA y Lerroux, de 1933 a 1935, luego, de Gil Robles y, por



último, del más radical y violento de los políticos de la derecha, Calvo Sotelo. Cuando tal sindicato de intereses comprendió que tampoco la vía parlamentaria garantizaba sus derechos y privilegios, y aterrada por la Revolución de Octubre de 1934, que la derecha magnificó de modo oportunista, y que la izquierda minimizó con hipocresía, se decidió por la sublevación militar. Si a esto unimos la cuestión religiosa que enfureció al clero, privado del monopolio provechoso de la enseñanza y que dividió al país (en parte por una insensata e impaciente política de la República, que secularizó innecesariamente los cementerios, firmó la disolución de la Compañía de Jesús o asistió pasiva a la quema de iglesias y conventos), tendremos configurados los dos bandos que habrían de enfrentarse durante tres años en las trincheras.

Desde la Revolución de Octubre en Asturias y la declaración de independencia de Cataluña, ambos sucesos ocurridos en 1934, era raro encontrar a un solo español que no pensara, en primer lugar, que los problemas de España fuesen gravísimos y exigiesen una solución inaplazable; y, en segundo, que tales problemas pudiesen resolverse, llegados a un punto, por otro método expeditivo que no fuese el de las armas.

«¿Armonía? ¡No! ¡Lucha de clases! ¡Odio a muerte a la burguesía criminal!», escribió Largo Caballero en *El Socialista* el 3 de enero de 1934. Por su parte la CEDA repartió millones de octavillas en las que se leían cosas como que la victoria de la izquierda en las elecciones de febrero llevaría «al armamento de la canalla, incendio de bancos y casas particulares, reparto de bienes y tierras, saqueos en forma, reparto de nuestras mujeres», palabras que tenían su correlato en frases como esta: «la revolución que queremos solo puede obtenerse por medio de la violencia», de Largo Caballero, quien había amenazado abiertamente con una guerra civil si se perdían las elecciones de febrero de 1936 («Si ganan las derechas, tendremos que ir a la guerra civil»), mientras el trust reaccionario, después de perderlas, empezó a armarse en el extranjero. «La izquierda fue muchas veces tan poco respetuosa con el proceso democrático y con el imperio de la ley como lo fue la derecha», escribirá Antony Beevor, pensando tanto en «la dialéctica de las pistolas» que presidió los mítines de José Antonio, como en aquellas frases que trataban de incendiar el país, aun antes de 1934: «Tenemos que luchar como sea hasta que en las torres y edificios oficiales ondee no una bandera tricolor de una república burguesa, sino la bandera de la Revolución Socialista» (Largo Caballero, 9 de noviembre, 1933).



4. En *Claridad* escribió Margarita Nelken a propósito de la guerrillera comunista Lina Odena —que se quitó la vida para no caer en manos de legionarios y moros— y de la relajación de costumbres tras los primeros días de guerra: «Ya empiezan a salir por las calles los elementos que han permanecido escondidos, o han salido disfrazados de proletarios. Y en la Castellana, a la hora del paseo elegante se pueden ver de nuevo a algunas con el perrito en brazos. Yo os digo que Lina Odena no ha muerto para que se paseen las señoritas ociosas por Madrid. Y como el miedo es saludable, si no se nos tiene miedo, el sacrificio de Lina será estéril». Unos meses después, y en el mismo

periódico, leeremos, también firmado por Nelken: «Ni perdón ni olvido», traducción acaso de una frase que se pudo leer por esos días en el mismo periódico: «Doña Literatura Pura ha muerto».

5. En *El Debate*, *Arriba* y los periódicos conservadores pudo leerse el mensaje que la CEDA estampó en millones de octavillas. Se aseguraba en él que la victoria de la izquierda en las elecciones de febrero de 1936 llevaría «al armamento de la canalla, incendio de bancos y casas particulares, reparto de bienes y tierras, saqueos en forma y reparto de nuestras mujeres».

Así estalló la guerra civil más pregonada de toda nuestra historia. Los escritores, como el resto de la sociedad, se dividieron, y ni siquiera fue a partir de la proclamación de la República, en 1931. Nunca estuvo un país tan unido como España en 1931. Fue algo más tarde. Desde luego a partir de 1934. Los que no lo eran ya, se hicieron de izquierdas, otros de derechas y otros trataron denodadamente de no tomar partido ni por unos ni por otros, pero fueron desbordados por los acontecimientos, como se verá.

España había conocido en los últimos cuarenta años guerras y campañas contra los patriotas moros, contra los patriotas cubanos y contra los patriotas filipinos; en ninguna de estas guerras mostró tan furioso entusiasmo, sin embargo, como en la que sostuvo contra sí misma, contra su propio patriotismo.

En *The Grand Camouflage*, una de las pocas historias de la Guerra Civil que no ha envejecido demasiado, de Burnett Bolloten, encontramos una hipótesis sumamente interesante; según esa plausible interpretación, la guerra civil española es la primera y única en la historia que es consecuencia de dos revoluciones de signo contrario que se desarrollan al mismo tiempo y con idéntica determinación de victoria y exterminio: el movimiento fascista nacionalsindicalista y la revolución popular, de corte socialista, anarcosindicalista, trotskista o comunista, según las zonas.

A los pocos meses de empezada la guerra, en el bando fascista el frente ideológico cerró filas por el método más expeditivo que se conozca: el golpe de Estado dentro de un golpe de Estado; así entienden hoy todos los historiadores el Decreto de Unificación de abril de 1937 por el que se creaba un partido único de falangistas, renovadores monárquicos, requetés, carlistas, antiguos cedistas y fajistas de vario espectro, en cuya cúspide política se aposentó, cómodamente, el jefe que ocupaba ya el mando militar.

En el republicano, por el contrario, al tiempo que el frente militar iba acortándose, a causa de derrotas y claudicaciones, el ideológico padecía la sangría permanente de unos partidos divididos. A unos les favoreció en la guerra la dictadura brutal y a los otros, en cambio, les perjudicó para ganarla el sistema democrático por el que luchaban y en el que creían, pese a su deterioro y merma.

Los escritores fueron, en cierto modo, reflejo de lo que fue el país, pero no puede decirse que se interesaran especialmente hasta ese momento por la revolución. Aunque algunos novelistas sociales habían conocido un cierto éxito en los años anteriores a la República, más sociales que novelistas, estos escritores revolucionarios los hubo en España a partir de 1929; antes, no.

Los manuales de literatura insisten mucho en las ideas sociales y políticas de la generación del 98, pero, salvo los episodios parlamentarios de Baroja y Azorín, no puede decirse que fuese esa una generación con dotes para la política: Baroja no consiguió su acta parlamentaria cuando la

pretendió; Azorín, más que político, fue toda su vida, como le definió con sorna Baroja, un «escritor gubernamental», con La Cierva o con Franco. A Valle-Inclán, en una pirueta prodigiosa, le llevó a la política republicana, desde el carlismo, la pobreza; de haber sido rico es bastante imaginable que Valle-Inclán aguantase ministros y jefes de negociado, aunque también conoció la veleidad de ser diputado con acta, que no consiguió cuando la fatigó. Y él, «feo, católico y sentimental», que había declarado en 1915 que «por mi fe católica tengo que amar a los pueblos que hoy están enfrente [de Alemania]» terminó enterrado en tierra no bendecida. Unamuno, más politiquero que político, pese a todo el tiempo que consagró a la política, fue un estratega de casino, el caso contrario que Valle-Inclán: habría sido difícil hallar un ministro o un jefe de negociado que le tolerase a él, y cuando se sometió a plebiscito en las Cortes para presidente de la República obtuvo (como también Ortega: acaso ambos se votaran a sí mismos)... ¡un voto! frente a los 362 de Alcalá-Zamora; de los dos Machado, uno era demasiado dandi como para ocuparse de política, y el otro, demasiado solitario como para echarla de menos y estuvo de oyente incluso cuando fue protagonista en ella. Quizá la única excepción sea Maeztu («la primera camisa negra de España», dijo de él la segunda camisa negra de España), pero en este caso estaría por dilucidar si fue un escritor como los anteriores y no solo un agitador, cuyo mito levantaron después de la guerra quienes la ganaron.

Los artículos que los noventayochistas publicaron en el fin del siglo son, es cierto, disolventes y violentos, socializantes o anarquistoides, pero la sociedad los recibía sin levantar la cabeza de su taza de soconusco, lo mismo que a sus novelas y ensayos les dispensaban acogidas indiferentes y frías.

Para ser político hay que ser optimista, parecerlo o fingirlo, y tener un fondo rousseauniano, y los del 98, de naturaleza nihilista y pesimista, no podían ser nunca políticos, porque los que no eran de la escuela de Hobbes, eran biznietos de Diderot, Montaigne, Nietzsche o Schopenhauer, en el mejor de los casos; en el peor, de Voltaire.

Su noción de España se basaba en un sentimiento, y ellos mismos eran unos sentimentales. Cuando les acuciaban vagas ansias patrióticas, se reunían, iban al camposanto de San Nicolás, dejaban en el cementerio, sobre la losa de Larra, unos cuantos desgarros bakuninistas, y marchaban todos a pie por la calle Canarias a comerse unas gallinejas en las tabernas de Atocha. Luego, en casa, por separado, aliñaban un admirable

artículo, que les salía romántico, arrebatado y lleno de desengaños, visiones de un Madrid sombrío con las alamedas del Seminario Viejo al fondo y al lado el Viaducto de los suicidas.

La política puede decirse que fue cosa de los jóvenes, de la generación siguiente, la del 14, la de Ortega, Azaña, Pérez de Ayala y, sobre todo, la que siguió a esta, la que unos llaman generación del 27 y otros generación de la República. Los primeros cargaron la pistola, es posible que de manera imeditada; los segundos la dispararon, no menos irresponsablemente.

Los viejos del 98, a la altura de 1930, miraban la política con un vago escepticismo: pólvora mojada. Baroja, seguro. Azorín, más tarde. A lo de Valle-Inclán, ya hemos dicho, no se le puede llamar política. Político de veras solo quedaba Unamuno. Pero demasiado vociferante como para hacerse oír. Los del 14, por el contrario, confiaban en ella plenamente. Fueron ellos los intelectuales más apasionados por la política que haya conocido España, aunque serían pronto desbordados por la propia política. Es hoy conocido el diagnóstico de Ortega sobre lo que él llamó «el error Berenguer», general sucesor del dictador Primo de Rivera: «Y como es irremediamente un error, somos nosotros, y no el régimen mismo; nosotros, gente de la calle de tres al cuarto y nada revolucionarios, quienes tenemos que decir a nuestros conciudadanos: ¡Españoles, vuestro Estado no existe! ¡Reconstruidlo! *Delenda est monarchia!*».

Ni Ortega, en efecto, ni ninguno de los que formaron el 10 de febrero de 1931 su Agrupación al Servicio de la República, entre los que figuraban Pérez de Ayala y Marañón, eran revolucionarios, pero interpretaban bien el sentir general: en España ya pocos eran monárquicos.

El primero en dejar de serlo, el Bautista de los republicanos, fue, una vez más, un solitario Unamuno, la Voz en el desierto.

Su frontal oposición al rey y su dictador le valió el destierro, como a Mio Cid, el Bueno, solo que a él ningún caballero se acercó a asistirle y acompañarle en aquel trago. Blasco Ibáñez, también víctima de la dictadura, únicamente se asistía a sí mismo, y Rodrigo Soriano hacía ya muchos años que estaba ganado para la política y perdido para la literatura.

Unamuno fue destituido de sus cargos universitarios, dejó Salamanca, dejó a su familia, dejó el modo de sustentarse y sustentar a los suyos, y partió a Fuerteventura, su isla y «desventura». Fue nuestro Ovidio, solo que enfurecido. De aquel confinamiento en la isla canaria, dejó me-

morables poemas, entrañados algunos de su mejor lirismo. Al cabo de unos meses, logró incluso evadirse en barco de exótico nombre. Tras la aventura romántica a bordo del *Zeelandia*, se instaló en París y luego en Hendaya, pisando la frontera y esperando, tanto como contribuyendo a ello, la caída de sus dos enemigos políticos en unas «Hojas libres» que, más que libres, parecían, por la pobreza del papel y de la tipografía y su tamaño ruin, las hojas secas de Bécquer inspiradas en Espronceda, otro exiliado.

Hay quienes piensan que se aplicó con rigor la ley en el viejo rector de Salamanca, pero los ataques de Unamuno, siempre ferocísimos, fueron en ocasiones más allá de las ideas, para caer en el terreno más o menos de lo intolerable: sería entretenido plantear como hipótesis lo que le ocurriría ahora a alguien de la significación de Unamuno que escribiera sobre el nieto de Alfonso XIII, hoy reinante, lo que aquel escribió de su abuelo y del general («Ha querido colar de contrabando/la monarquía neta, la del cuco/que fue el abyecto sétimo Fernando/yaunque en España sobre hoy tanto eunuco/como el muy listo es embustero y blando/va a salirle al revés el viejo truco»). Lo intentó Bergamín, y así le fue.

Años después Unamuno y José Antonio Primo de Rivera se encontraron en Salamanca, el 10 de febrero del año 1935, por mediación de Sánchez Mazas, pariente del vasco por el Jugo. José Antonio, que no perdonaba a los que habían hostilizado o ridiculizado a su padre, no quiso recordar los sonetos del rector contra el general, solo comparables en ferocidad, saña y maldecir a los que escribió Quevedo contra todo el mundo, a los que escribiría, contra el «Mulo Mola», ya en la guerra, Bergamín. El encuentro entre Unamuno y el fundador de Falange fue, según se dijo, cordial. A continuación los jóvenes invitaron al viejo rector a que les acompañase al mitin falangista que iba a tener lugar, y este les siguió hasta el teatro Bretón, donde José Antonio, ante la presencia del rector, estuvo «un poco cohibido y su discurso no fue de los más afortunados y brillantes», como contó uno de los presentes, el periodista falangista Francisco Bravo. Después del acto político se improvisó un almuerzo en el que sentaron a Unamuno entre Sánchez Mazas y Montes, frente a José Antonio. Al día siguiente la prensa, azuzada por los falangistas, interesados en la publicidad que el acto les proporcionaba, dio cabal noticia del suceso y el escándalo fue mayúsculo en toda España y fuera de ella, dividiéndose los opinantes en dos categorías: los que pen-

saban que aquel encuentro había sido una insensatez más de Unamuno y los que solo lo consideraron otra más de sus paradojas provocativas y provocadoras.

Este espíritu combativo de Unamuno tenía por fuerza que encontrar eco favorable entre los jóvenes, no así entre los de su misma generación o los de la generación siguiente, siempre recelosos con las actuaciones del rector.

Cuando este volvió del exilio, *La Gaceta Literaria* le organizó un número monográfico. Muchos pensaban que sería, sin duda, el primer presidente de la República que se avecinaba. En el homenaje hay, pese a todo, muchas ausencias. No de los jóvenes que lo admiraban con fervor. Fue esa generación, las vanguardias, o sea, la del optimismo, la que se acercó a él. Creían entenderle, pero el maestro no les engañó: no entraría en la cuadrilla de nadie; él, como la mayor parte de los de su generación, era un solitario, como los toreros en el ruedo. Además había dicho de modo clarividente: «Las literaturas de vanguardia siempre encubren políticas de retaguardia».

Esto quedaría probado en «el caso Góngora», una de las banderas de los tercios vanguardistas. A los viejos les dejó perplejos el pendón: Unamuno llamaría «hipócrita» al racionero cordobés. «¡Insoportable!», gritó Valle-Inclán desde un periódico. Machado ni siquiera tuvo tiempo de pensar en el poeta barroco, cuando se lo solicitaron en *La Gaceta Literaria* para celebrar su centenario. Ese era el frente clasicista de los jóvenes. El frente moderno lo ocupaban el surrealismo y el psicoanálisis, al que Baroja definió con un definitivo «el cubismo de la medicina».

Las divergencias eran, como se ve, profundas, pero durante un tiempo se hubiera podido pensar que viejos y jóvenes podían convivir, al menos en el orden de la literatura y el arte. Tal vez de 1923 a 1933. Desde la fundación de la *Revista de Occidente* a la de *Octubre*. Entre el liberalismo de la primera y el radicalismo de la segunda, hubo un terreno neutral, una tierra de todos, más que una tierra de nadie, que se llamó *La Gaceta Literaria*.

Duró este «periódico quincenal, ibérico, americano e internacional» de 1927 a 1932, el tiempo que se hubiese dicho que tardó en enterrar a la Monarquía y la Dictadura.

Es fundamental, para comprender la República, a los intelectuales y lo que se avecinaba, mirar las páginas tabloides de esa revista-periódico que fundó y dirigió Giménez Caballero.



**6-7.** Boletín de *La Gaceta Literaria* y número especial dedicado a Unamuno.  
**8.** *La Gaceta Literaria* representó el último sueño de una España común que tenía los días contados. «Miraban con vehemente interés la joven literatura, cuya expresión más brillante era *La Gaceta Literaria*, núcleo de renovación no solo en las letras, sino en el cine, en la pintura, en las artes todas, en todo un estilo deportivo, aséptico, alegre y “antigaldosiano”, hubieran dicho si entonces hubieran leído a Galdós», escribirá

María Zambrano. De aquel estilo «deportivo, aséptico y alegre» quisieron apropiarse en exclusiva los jóvenes de uno y otro bando, comunistas y falangistas principalmente, que se lanzaron, arrastrando a todo el país, a la Guerra Civil. En la imagen, Ernesto Giménez Caballero (primero por la derecha) en su casa con, entre otros, Alberti, Sáinz Rodríguez, Salinas, Bergamín, Américo Castro, Baroja, Ledesma Ramos, Menéndez Pidal y el conde de Keyserling: las tres Españas.



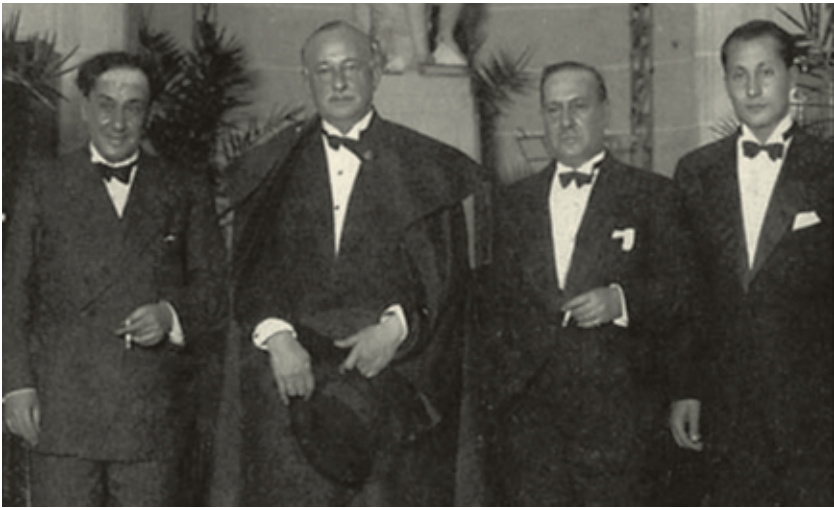
Empezó Giménez Caballero con ánimo integrador (su primer número lo abría una *salutación* de Ortega, y en primera página venía también una silueta literaria de Baroja, y en otros números colaboraciones frecuentes de este, de Juan Ramón Jiménez, de Gómez de la Serna, de Corpus Barga, de Unamuno, de Antonio Machado, sin contar con la recluta completa de Alberti, Bergamín, Salinas, Diego, Domenchina, Jarnés, Lorca, Montes, Dalí, Espina...), pero no tardaría en proclamar que *La Gaceta Literaria* se complacía en constituirse como «sabotaje» en la vieja fábrica de la literatura española.

Giménez Caballero no era en 1927 el fascista que fue luego, aunque muchas de sus simpatías estuviesen decantadas por personajes y regímenes, como el italiano, de corte autoritario. Fue solo a raíz de uno de sus viajes kilométricos por Italia, Holanda, Bélgica y Alemania, en 1928, cuando daría forma a un pensamiento embrionariamente ducista. Las crónicas de aquel «raid», como lo bautizó en *La Gaceta Literaria*, pasarían a formar parte de un libro que tituló *Circuito imperial*, vertiginosa mezcla de periodismo, literatura, política, crítica de arte y muy diversos experimentalismos. No olvidemos que estamos en la época de los cócteles, en Chicote o Molotov. Fue este circuito su verdadero camino de Damasco.

Al hojear hoy *La Gaceta Literaria* queda uno admirado de la capacidad de su director como mánager circense; España, circo de tres pistas: casticismo, ismos nuevos y utopía revolucionaria.

Seguramente no ha habido un proyecto literario en España, ni antes ni después, de tales características, ni de tan cosmopolita y bien informado tiro. En sus páginas no era excepcional leer colaboraciones en catalán, portugués, francés e italiano, y no había acontecimiento significativo en cualquier rincón de Europa que no quedase reflejado en una de las columnas de *La Gaceta Literaria*.

Fue, se ha dicho, la revista de la generación del 27. Desde luego. Pero también lo fue de la generación del 98, que nunca tuvo periódico ninguno, salvo las revistas modernistas o las hojas del *Lunes del Imparcial*, mucho más modestas y de alcance restringido, y lo fue, en menor medida, de la generación del 14, la de Ortega y Ramón Gómez de la Serna, señores, ellos sí, de una muy elevada fortaleza, la de la revista *España*, que se editó del 1915 a 1924, cuando pasó el testigo a *Revista de Occidente*, la publicación artillada hecha por Ortega y Gasset, de la generación del 14, para los jóvenes del 27. O sea, solo *La Gaceta Literaria* fue, desde un punto de vista literario amplio, la revista de todos.



**9.** Pocas fotografías hablan tan a las claras de la complejidad española. Los hermanos Machado en la fiesta que siguió al éxito de *La Lola se va a los puertos*, en 1929, junto a José Antonio Primo de Rivera y su padre Miguel Primo de Rivera, a la sazón jefe del Directorio que desembocó en la República.

**10.** Ni Ortega ni ninguno de los que el 10 de febrero de 1931 formaron su Agrupación al Servicio de la República, entre los que figuraban Pérez de Ayala y Marañón, eran revolucionarios: ya pocos eran monárquicos en España. En la imagen, los tres escritores con el poeta Antonio Machado.

Entre las múltiples secciones de *La Gaceta Literaria*, hay una de sumo interés para este libro, reservada a las encuestas políticas que se les venían haciendo a los escritores, y por la que desfilaron muchos de ellos. El 1 de enero de 1928 leemos estas líneas del que habría de ser, con el tiempo, un fervoroso comunista, César Arconada: «Ante todo es nece-

sario sentar este principio: en el momento actual los que se llaman liberales son los retrasados, los reaccionarios [...]. Violencia. Lucha. Arte Nuevo, al fin [...]. Un joven puede ser comunista, fascista, cualquier cosa, menos tener ideas liberales. Para un joven nada más absurdo, más incomprensible, más retrógrado, que las ideas políticas de un doctor Mañón, de un Castrovido. Los jóvenes queremos para la política, como hemos querido para el arte, ideas actuales, de hoy, con el perfil y el carácter de nuestra época. Pretender que todavía nos sirvan las viejas ideas liberales es tan absurdo como pretender que las viejas chisteras y las viejas levitas sirven para jugar al fútbol».

La posición de Arconada (o la del joven y mucho más mediocre Guillén Salaya, que empezó de exaltado comunista y terminó de fascista furioso) la compartían, si no en los mismos términos, sí en el espíritu, gentes que entonces eran amigos, comían juntos y se divertían juntos, como Montes, Agustín Espinosa, Alberti, Bergamín, Lorca, Buñuel, Ledesma Ramos, el propio Giménez Caballero y en general todos los jóvenes vanguardistas. Es obvio que quien decía una cosa así no debía de saber qué significaba ser comunista, ser fascista ni ser liberal, y tal vez ese desconocimiento de las cosas les llevara a unos y a otros a las trincheras. La guerra como deporte. Lo veremos en Torrente Ballester.

«Ya no se permite la neutralidad ni el deporte intelectual –dirá Baroja en uno de sus artículos de la guerra, coincidente con lo que decía Arconada, al menos en el lenguaje gimnástico–: hay que ser de la derecha o de la izquierda. Para mi gusto esto es un poco primario y sin interés. No se aceptan términos medios: o comunista o fascista. Los escritores españoles que, por lo mismo que no teníamos una actitud deportiva, nos creíamos lejos de la lucha, nos hemos encontrado en medio de la pelea. Somos obligatoriamente beligerantes, pero beligerantes ¿de qué lado? No lo sabemos [...]. Nosotros no tenemos un enemigo, sino dos; los blancos y los rojos, que cada cual a su manera quiere hacer nuestra completa felicidad metiéndonos en la cárcel».

Dicho de otra manera: o fascistas para conquistar el mundo o comunistas para someterlo. Se había acabado el tiempo para poder vivirlo. La tercera España empezaba su retirada. «Todo español que no consiga situarse con la debida grandeza ante los hechos que se avecinan, está obligado a desalojar las primeras filas y permitir que las ocupen falanges animosas y firmes», había dicho Ledesma en *La conquista del Estado*.

Incluso la confusión entre uno y otro campo duró muchos años más. En un artículo de un historiador, el señor Tusell, se repasa el discurso de Indalecio Prieto en el Círculo Pablo Iglesias de Méjico, en 1942, quien a su vez recuerda un discurso suyo del primero de mayo de 1936, en Cuenca. Este último fue comentado por escrito por José Antonio en su cárcel de Alicante en unos papeles que terminaron llegando a manos de Prieto. Todos son círculos cerrados del azar. «El discurso del tribuno socialista —dice allí José Antonio— se puede pronunciar, casi de la cruz a la fecha, en un mitin de Falange Española». Y Prieto añade: «Primo de Rivera, a fin de demostrar esta identidad, reproduce frases mías y extracta frases de aquella oratoria mía para añadir: “¿Qué lenguaje es este? ¿Qué tiene esto que ver con el marxismo, con el materialismo histórico, con Ámsterdam ni Moscú? Esto es preconizar exactamente la revolución económica con sentido nacional. La revolución nacional. La de Falange y hasta con la cruda descalificación de la España caduca que la Falange fulminó muchas veces”».

El espíritu elástico de la declaración de Arconada fue desapareciendo, los ánimos se crisparon, se pasó del disco a la jabalina y Giménez Caballero terminó solo en *La Gaceta Literaria*, redactando íntegramente algunos de sus números, a los que llamó *El Robinsón literario de España*. Los liberales se fueron yendo de la revista y se quedaron media docena de amigos, entre ellos Ledesma Ramos, que ya sabía que era fascista; Giménez Caballero, que, según él, estaba pensando si se hacía fascista o comunista, y Arconada, que no tardaría en engrosar las filas comunistas. Por otro lado no deja de ser curioso y premonitorio: Ledesma Ramos y Giménez Caballero, que vivían en el proletario barrio de Cuatro Caminos, se conocieron por Arconada; Giménez Caballero confesó a su vez que el primer escritor que le saludó brazo en alto como los fascistas fue, en 1926, en los talleres tipográficos de su padre, en la calle Canarias, Rafael Alberti. Este, que había dedicado un poema de *La amante* a fray Justo Pérez Urbel, dedicatoria purgada por el autor en las ediciones posteriores a la guerra, lo iba a decir en 1936 en verso: «Por las armas verán si se le entrega / todo el poder para el proletariado». El mundo se iba a dividir, pues, entre quienes lloraban de emoción ante el tendido eléctrico que unía Tiflis y Moscú, y los que reputaban el bigotito de Hitler no solo convincente, sino elegante y distinguido; entre los que iban a rugir ¡Viva Rusia! y los que iban a vocear ¡Viva el Duce!, solo porque encontraban a Mussolini, con el puño en la cadera, muy viril. Entre tanto

ardor, los que pedían un poco de cordura no se habían quedado afónicos; simplemente no se les podía ni quería escuchar. Tampoco oír.

La primera parte de esa guerra civil en España tuvo lugar, pues, en *La Gaceta Literaria*. Esto enorgullecía mucho a Giménez Caballero, al que el solo hecho de ser precursor de algo, sin otras consideraciones de orden moral o estético, le parecía muy importante, ya que veía en el hecho de llegar a los sitios antes que nadie uno de los principales rasgos de la vanguardia.

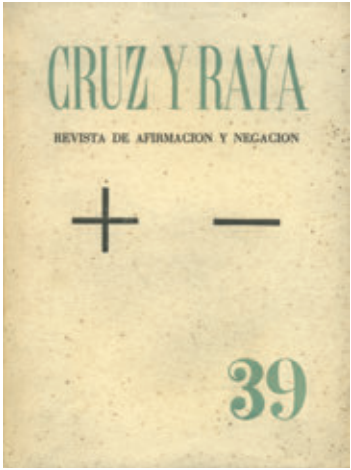
La valoración que se hace de *La Gaceta Literaria* y la que se hace de su director no suelen concordar. En estos juicios, el autor marcha por un lado, y por otro, la obra. Se tiende a ver a Giménez Caballero como un chisgarabís, tanto intelectual como literariamente, en tanto que *La Gaceta Literaria* suscita toda clase de elogios y parabienes. Se le ve a él como un cantamañanas vestido con *knickerbockers* y antiparras cubistas. A *La Gaceta Literaria*, en cambio, se la estudia con sesuda circunspección en las universidades. Eso, me parece a mí, desenfoca mucho las cosas.

En *La Gaceta Literaria* hay dos grandes temas: el yoísmo, formidable e imponente, de su director, y el resto. La mitad de la revista la ocupan los artículos de Giménez Caballero o los artículos sobre Giménez Caballero, sus libros, sus proyectos y sus viajes. La otra mitad, un género variado: crítica de libros, de arte, poemas, algún ensayo... Esa proporción era impuesta desde luego por Giménez Caballero, pero también asumida por los colaboradores, que debían de encontrar muy natural y posible que Giménez Caballero quisiera ser Marinetti. O Curzio Malaparte, si no había más remedio.

Vista desde un punto estrictamente literario los críticos tienden a no valorar la primera mitad y a sobrevalorar la segunda.

En esta nos encontramos, a su vez, dos clases de colaboradores. Una parte pequeña la ocupan los vanguardistas que llegarían a ser célebres, y la otra, mucho mayor en extensión y frecuencia, gentes desconocidas que se quedaron por el camino y cuyo nombre fantasmal atraviesa sus páginas reclamando nuestra atención.

De *La Gaceta Literaria* se podría hacer una valoración literaria y otra histórica. La valoración histórica ha de ser, necesariamente, muy positiva. La literaria, cuando se refiere a los jóvenes, es más compleja. Abundan los textos experimentalistas y ni siquiera estos parecen sólidos, sino balbuceos con buenas intenciones. Hace ochenta años tenían



**11-14.** Cuatro de las más influyentes revistas españolas de la República: *Nueva Cultura*, de José Renau; *Octubre*, de Rafael Alberti; *Cruz y Raya*, de Bergamín; y *Revista de Occidente*, de Ortega y Gasset. La izquierda, la derecha y el centro literario español antes de la guerra: la derecha (Bergamín) acabaría en la iz-

quierda, el centro (Ortega) se pasaría a la derecha y solo la izquierda (Renau y Alberti), acaso más extrema, permaneció en su sitio.

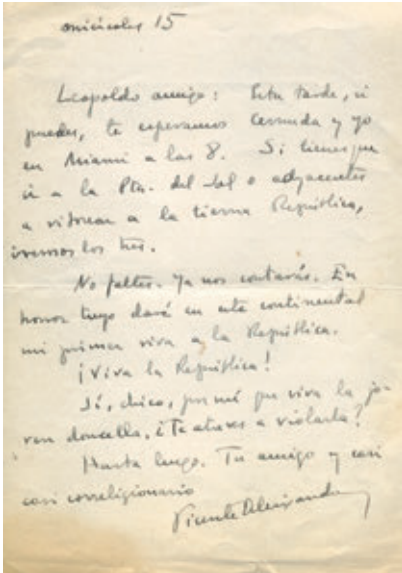
tal vez una gracia. Los viejos de entonces no se la vieron. Los jóvenes de ahora es posible que tampoco: «Con el sol nace un pequeño cornetín de un puñado de más de mil fotografías de asuntos secos. / Cuando hace sol hago bonitos castillos / con los pelos de las orejas de mi familia. / En cuanto a la ceniza, ¿tendré que insinuar aún que se trata de un simple *moco*?». Este «poema», sin firma, no vale mucho. Con firma (era de Dalí), lo mismo, mas la consideración respetuosa de los críticos e historiadores contemporáneos tratará de meterlo en una vitrinita del Museo de Arte Reina Sofía, con una cartela al lado y dos o tres focos, que es la manera segura de llevar hasta allí un río de congregantes, etcétera.

Puede hablarse, no obstante, de un «espíritu de *La Gaceta*», que consistía en respetar toda opinión, todo criterio, toda voz. «Excluir las exclusiones», lo llamó Ortega en su *Salutación*. O sea, el espíritu liberal que inconsciente, insensatamente Arconada, Giménez Caballero y los demás querían conculcar, y terminarían aboliendo de las mismas páginas de la revista y de España.

Solo en el capítulo de las responsabilidades no se ponen aún de acuerdo los historiadores: ¿quién fue más culpable? ¿Aquellos, estos? La respuesta, sin embargo, no admite dudas para nosotros: nadie quería una España liberal, moderada y laica, porque le había llegado la hora a una España que, más que republicana y demócrata, tenía que ser fascista o comunista.

Antes de la catástrofe, antes de que se oyera de nuevo la voz de Ortega en España con un apodíctico «no es esto, no es esto», que condenaba a la República en una frase y que le pasaba a él a la reserva, antes se vivió la euforia del nuevo régimen, por el que todos lucharon y del que todo se esperaba. Puede decirse, incluso, que todos, hasta las derechas, a excepción de los monárquicos y tradicionalistas, fueron republicanos el 14 de abril de 1931.

Recuerda Vicente Aleixandre, en uno de sus *Encuentros*, cómo él y Luis Cernuda habían quedado citados en la manifestación del 15 de abril en la Puerta del Sol para festejar la venida de la República. Aunque Cernuda, por prurito aristocrático, que le alejaba de la muchedumbre, negara haber ido jamás a la Puerta de Sol ese día, existe una carta «continental» de Aleixandre al poeta Leopoldo Panero en la que le confirmaba el encuentro y le invitaba a sumarse al festejo: «Miércoles 15 / Leopoldo amigo: Esta tarde, si puedes, te esperamos Cernuda y yo en Miami a las 8. Si tienes que ir a la Pta. del Sol o adyacentes a vitorear a la tierna República, iremos los



**15.** Carta inédita de Vicente Aleixandre a Leopoldo Panero: «¡Viva la República! Sí, chico, por mí que viva la joven doncella. ¿Te atreves a violarla? Hasta luego. Tu amigo y casi correligionario». Puede decirse que todos, hasta las derechas, a excepción de los monárquicos y tradicionalistas, fueron republicanos el 14 de abril de 1931.

**16.** *España levanta el puño*, un libro profético. Antes de julio de 1936, el periodista argentino Pablo Suero realizó una serie

de entrevistas a políticos (Azaña, Gil Robles, Largo Caballero, Calvo Sotelo, Primo de Rivera, Pasionaria) y escritores españoles (Arniches, los Baroja, Juan Ramón Jiménez, Casona, Alberti, Zamacois, Hoyos y Vinent, Gómez de la Serna, los Machado o Lorca). Todos ellos hablan libremente, sin sospechar la clase de guerra que les espera. Con esas conversaciones y sus notas de viaje, publicadas ya en 1937, Suero preparó este interesante libro que prologó González Tuñón.

tres. No faltés. Ya nos contarás. En honor tuyo daré en este continental mi primer viva a la República. ¡Viva la República! Sí, chico, por mí que viva la joven doncella. ¿Te atreves a violarla? Hasta luego. Tu amigo y casi correligionario, Vicente Aleixandre».

Es interesante este testimonio, por ser de un hombre que, aunque de izquierdas, nunca mostró entusiasmos políticos por nada ni por nadie, y menos por las doncellas, pero al que la idea de una República había seducido por entero hasta emplear un vocabulario de legionaria y penderciera misoginia.

Esa euforia duraría poco y muchos empezaron a comprender que la joven doncella que veía Aleixandre era, puesta a trabajar en una esquina, mujer destinada a dramáticas experiencias. Las posiciones de unos y de



otros fueron cada día más inequívocas, y ante hechos graves como la Revolución de Octubre de 1934, los españoles comenzaron a aceptar como inevitable el drama de la guerra. O ellos o nosotros, se dijeron todos, porque sabían que el triunfo de cualquiera de los bandos implicaba la aniquilación del contrario: como en Rusia, como en Italia y Alemania.

*La Gaceta Literaria* terminaba cuando empezaba la República. En cierto modo, acababa la literatura y se daba paso a revistas enteramente políticas, como *La Conquista del Estado* o *Arriba*, o muy politizadas e ideologizadas como *Octubre* o *Nueva Cultura*. Las voces, más juiciosas sin duda, más sopesadas, de la vieja *Revista de Occidente* o de *Cruz y Raya* (en las que se publicaron no obstante un gran número de ensayos políticos), empezaban a ser inaudibles frente a un mar cada día más embravecido. Y en este corto período que va de 1931 a 1936, el de la República, los españoles más jóvenes empezaron a pensar en España en términos de victoria, o sea, de guerra civil. O sea, de fracaso.

Sin que nadie se pusiese de acuerdo, todo el mundo se lanzó a profetizar. Profetizaron que no habría otro remedio que el camino de la sangre.



**17.** La fotografía fue tomada pocas semanas antes del estallido de la guerra como colofón de *España levanta el puño*, el libro de Pablo Suero. Inconsciencia (todo el mundo barruntaba la guerra civil, si acaso no la estaban preparando), frivolidad (en Rusia ya se habían puesto en marcha las grandes purgas estalinistas) y ligereza a partes iguales. La foto hubiera podido titularse tam-

bién: «Las bromas las carga el diablo». La presencia en ella de Lorca, que en alguna entrevista negó por esos mismos días que fuese comunista, reviste de dramatismo la imagen (de izda. a dcha.: Alberti, Rodríguez Spiteri, Lorca, Aleixandre, Adolfo Salazar, Concha Méndez, Enrique Serrano, Serrano Plaja y Altolaguirre; delante, Suero y María Teresa León).



**18.** Durante años, la derecha hizo creer que la sublevación de 1936 fue una consecuencia del asesinato de Calvo Sotelo, al tiempo que evitaba recordar que este asesinato fue consecuencia de la muerte del teniente Castillo a manos de los fascistas. Chaves Nogales, director de *Ahora*, compuso esta portada solo unos días antes del 18 de julio de 1936.



**19.** Al estallar la guerra, el monárquico *Abc* pasó a manos y titulación republicana, y si acaso sus aportaciones literarias no fueron sobresalientes, sí lo fueron las gráficas, con fotografías como Santos Yubero, uno de sus principales reporteros, o los hermanos Mayo. Durante la guerra siguió apareciendo en Sevilla un *Abc* monárquico que también había dejado de ser monárquico.

Lo adivinaban y lo anunciaban. Muchos lo deseaban. Todos sabían que esa travesía iba a tener un difícil retorno. La España de la victoria, ganase quien ganase, iba a tener poco que ver con la España que dejaban atrás. En cuanto uno abre media docena de revistas y periódicos de la época, en cuanto se han leído dos docenas de memorias, asiste uno al más triste espectáculo: a un tiempo todos parecen resignados y exaltados. Como en el *pathos* de las tragedias clásicas: exaltación ante la vida y sometimiento ante el destino que la aniquilará. El «suicidio» colectivo del que hablará Unamuno.

Incluso personas moderadas y de la liberalidad de Antonio Machado empiezan sin quererlo a ver cómo se tiñen sus palabras de pólvora, y por tanto de guerra y de victoria. Leemos lo que dice, a propósito de Unamuno, desde su provinciana Segovia, el 15 de marzo de 1930: «Es don Miguel de Unamuno la figura más alta de la actual política española. Él ha iniciado la fecunda guerra civil de los espíritus, de la cual ha de surgir (cuando surja) una España nueva». La doncella embarazada.

El ambiente empezó a cargarse de electricidad. Las mayores atrocidades parecían anunciadas, y cuando acababan por cumplirse, nadie se extrañaba de ello: ni asesinatos, ni complots, ni pronunciamientos cuarteleros, ni quema de iglesias o conventos, ni matanzas de campesinos, ni violaciones de derechos, ni...

Las voces, como voces, empiezan a parecerse todas. Al leer hoy los discursos de Ortega en las Cortes Constituyentes, los de Azaña, los artículos de Unamuno, las proclamas de José Antonio o las provocaciones de Calvo Sotelo, tiene uno la impresión de que les ocurre a las ideas lo que a los trajes, o a esas viejas y mil veces vistas fotos familiares. Es cierto que uno ya no reconoce en ellas a muchos de sus antepasados, pero casi todas le arrancan asentimientos ante los vagos parecidos. «Queremos una patria totalitaria. El poder ha de ser íntegro para nosotros... Y cuando llegue el momento, el Parlamento o se somete o desaparece: la democracia será un medio, no un fin», leemos en un recorte amarillento, y al punto nos preguntamos: esta frase, ¿fue dicha por Goebbels o por Dimitrov? Y esta otra, ¿quién la pronunció? ¿Onésimo Redondo o Ledesma Ramos?: «Ahora, cuando nos lancemos por segunda vez a la calle, que no nos hablen de generosidades ni de respetar personas y cosas. Vamos a la toma del Poder como sea, para establecer la dictadura». No. La primera es del clerical Gil Robles y la pronunció en 1933. La segunda, del socialista Largo Caballero, muy poco antes de la guerra, recordando octubre de 1934.

Dice Ridruejo que, «en su inmensa mayoría, los pensadores, profesores y escritores que tenían vigencia en el decenio de 1923 al 1933 eran liberales o se interesaban por el socialismo o el anarquismo». A partir de 1933 y hasta desembocar en 1936, unos tiraron para la izquierda y otros para la derecha. Entre los viejos la mayoría se quedó donde estaba o se quitó de en medio con discreción.

¿Qué distinguía, pues, a unos de otros, puesto que sabemos que todos eran tan distintos? Por desgracia, más que las ideas, incluso más que el corazón, iban a decidir en muchas ocasiones sobre vida y fortuna de las personas, las apariencias: el mono azul, la corbata, las alpargatas... Como decía Moreno Villa: todo el mundo se fijaba en los zapatos.



# Los Nacionales

MINISTERIO DE PROPAGANDA